

TOMO 5

BIBLIOTECA BASICA



ENCICLOPEDIA URUGUAYA

U860.8 E56 v.5

Enciclopedia uruguaya /



U860.8 E56 v.5

Q



LOS MEJORES CUENTOS

FRANCISCO ESPINOLA Y JUAN JOSE MOROSOLI

LOS MEJORES CUENTOS

FRANCISCO ESPINOLA - JUAN JOSE MOROSOLI

Los cinco

El primer sábado de Carnaval, exactamente a la hora desde la que se permite el disfraz —doce de la mañana— muy ansiosos después de largo aguardar ya prontos aparecen los cinco jinetes por el camino del pueblo. Espantadizas hasta de la sombra, a veces sólo con paciencia consiguen que sus cabalgaduras avancen. A fuerza de "¡Bata...! ¡Bata...! ¡Caballo...!".

El caballo lo constituye una tramoya de alambres en forma de sección horizontal de equino, que se sujeta con un cordón desde los hombros y pende al nivel de la cintura. Queda, pues, el armazón por la mitad del cuerpo. El poncho del hombre cae alrededor y cubre los alambres y sostenes. A su vez, el armazón que imita las formas del animal mantiene una tela de arpillerá que llega hasta el suelo y cubre los pies. De trapo bien forrados son el cuello y la cabeza. Con crin y todo. Como de bestia estimada. Las colas, eso sí, copiosas.

Así vienen, camino del pueblo, los cinco. Arriba, gente; abajo, caballos. Caballos más bien ariscos, redomones, que se echan atrás por cualquier cosa levantando nubes de polvo. Entonces, los brazos acuada de rebenque se alzan y se abaten, punitivos. Y los parejeros sobre locos de furia, de lado a lado del camino. Y los jinetes también ricana, ya agotada la paciencia. Y a golpe y grito obligan a adelantar a sus pingos que, con brincos, en vano hacen por librarse de los crueles emponchados.

Fazan el camposanto, serias las caras, sombreros en mano —las caras así no son juguete— aunque permitiendo ciertos recelos a las bestias, que cacacolean al llegar y sólo a fuerza de "chapadas" pacientemente, cruzan. En seguida aflojan riendas. Y al siroso galopico avanzan hacia las canteras que bordean el camino, profundas, llenas de agua. Allí, entre ellas, del boliche de Pantaleón, sale la gente por vez. Y otra vez hay que recurrir al rebenque, porque los fletes se amoran. Y si bien los pescuezos y las cabezas permanecen tiesos, abajo es una cosa tremenda. Los corcovos, en ocasiones, dejan ver algarazas y piernas. El polvo arde en las narices...

En la puerta de la taberna azuzan con gritos, aviesamente.

—¡Fior de jinete!

—¡A qué no lo voltea!

Y al que marcha adelante —patrón o jefe— parece que ya lo va a tirar su parejero. O, peor, que el flete ya se va a precipitar con él en las aguas de la cantera, hasta cuyos bordes llegan en brava. A los otros cuatro también los traen mal. Porque son botes arisca, inesperados, los de estas bestias de cola casi dura y completamente rígidos cogote y testa...

Nadie vio quién fue; pero lo cierto es que, de pronto, un hombre arrojado con malhadada puntería enciende el poncho y el arnés del que va adelante. Y mientras los otros cuatro se paran en seco, aquel, dejando el inquirir y la venganza para después, sujetando el sombrero que se le cae por un costado, corre entre llamadas hacia la cantera, con la cara trágica.

—¡Hepe! ¡Hepe! ¡Hepe! ¡Hepe! —y se precipita en el agua.

Del despacho de bebidas salen todos.

—¡Eso está mal! ¡Eso está mal! —protestan, imposibilitados de apacarse, los compañeros del accidentado al galope hacia la profunda cacería y dejando lo otro también para después.

Se corona de gente el ancho *peno*. Abajo, a *clase* merca *fiem* el caballero y emergen la cabeza y el *cogote* de su *indole* *piola* cabalgadura.

—;Consigan una piola..! ;Pero mire *qué cosa!* —*grita con* voz lastimera.

—;Si se corre más acá, hace pie, *don!*

—;Para dónde? ;Para allí?

—;Siiii.

—;Bueno!

Y se corre. Y hace pie.

—;Bueno, ;y van a traer piola?

—;Siiii! ;Pantaleón fue a traer la del *plano!*

—;Cuidado! ;Cuidado! Dejennós pasar a *nosotros*, que *venen* los compañeros de él, pues!

—;Pero mire qué cosa!

Para ver, los compañeros deben *asomarse* de lado. Con *engre* acomodan sus caballos paralelamente al borde de la cantera y, bien echados a un costado, sacan la cabeza. Cuando sube un "¡Pero qué cosa!", ellos sueltan, también, hacia abajo:

—;Pero, pero qué cosa! ;Pero, pero qué cosa!

—;Se mojó el caballo? —hace *descender uno*.

—;Sí, está empapado!

—;Pero mire qué cosa!

—;Guarda! ;Den paso! ;Guarda!

Son Pantaleón y su cuerda.

—;Agárrase, don..! ;Y con los pies vaya ayudandool!

—Sí, pero... ;y no ve! —*sube del fondo*.

El caballo, bien sujeto a los hombros, lo *estorba*.

—;Ladecló para el costado! Echelé el *cogote* para el costado y *usted* *corrasé* para el otro costado..!

—;Cómo? ;Así?

Nadie responde. Es que se oye ruido de *cosacos* a todo lo que *dan*.

—;Viene el sargento! ;Ahí viene Mansilla!

En efecto: ya pasa frente al camposanto un indiazó uniformado.

Pantaleón, que ha tornado la cabeza, vuelve a atender al foso porque hacen fuerza en la piola. Es que ya vienen subiendo cabalgadura y jinete. Aquélla, rígidos cuello y cabeza; éste de *costado*, *como* cabalgando a lo mujer. Los dos, a *chorros*.

—Ayude uno, que pesa una barbaridad por el agua..!

Y suelta la piola, dándose vuelta para atender a sus espaldas. Y chasquea abajo un violento chapoteo. Porque, ya cerca, el caballo del sargento se asusta de los otros cuatro caballos y se sienta en los garrones.

Castiga el policía. Clava espuelas. La bestia, bufando, se hace un arco, corcovea, mientras al frente los otros cuatro jinetes se *atremolinan* sin saber dónde meterse. Son *brasas* los ojos del caballo policial. Y por la boca le asoma como una espuma.

—Retirensén para que se acerque el señor..!

—Y ;para dónde?

—Retirensén para atrás del montecito!

A extraño, largo tranco desgarbado, provocando otra sentada y *nuevos* bufidos, los cuatro atraviesan media cuadra y se ocultan entre unos sauces.

Todavía con dificultades, el sargento llega al borde de la cantera.

En eso asoma el jinete, sin sombrero y hecho sopa. En seguida, la cabeza y el cogote de su martirio.

El caballo del sargento se para de manos. Abre la boca con horror. Revuelve los ojos.

—Pero retirensé, pues, usted también, hasta que este otro acabe de salir.

Ante lo imperioso del tono, el sargento *talonea* hacia el *montecito* de sauces...

—¡Para ahí, no! ¡Para ahí, no, que están los otros!
Desvía el policiano y va a apostarse junto al cementerio.

—¡Pero qué cosa, amigo!

Ya ha pisado en firme el emponchado. Se escurre el agua. Y dispone el poncho en torno al armazón en cuyo medio está. El incendio ha sido abajo. Se le ven las piernas casi hasta las corvas.

Por eso, porque esto ya se aleja demasiado de la forma equina, el sargento pudo acercarse casi sin dificultades. Su cabalgadura apenas si resopla entre un brillar de ojos siempre desconfiados.

—¡Pero qué cosa, amigo!

—Bueno, ahora tiene que acompañarme hasta la comisaría.

—¡A mí!, ¡a mí que no hice nada!, ¡por Dios Bendito!

Sus movimientos, fatalmente acompañados por el armatoste que pende de sus hombros, hacen retroceder entre grandes botes al sargento, cuyo caballo vuelve a dar miedo con esos ojos y boca.

Se arremolina la gente. Y allá, del monte donde echando sus pingos para un costado conseguían los cuatro amigos asomar medio cuerpo, surge un clamor.

—¡Para llevarlo a él, tienen que llevarnos a todos!

Y salen del sauzal a galope tendido, mientras el sargento se afirma en las crines para contrarrestar nuevas costaladas y saltos, bajo bufidos.

Va a dar el policía, contra su voluntad, otra vez al camposanto. Y desde allí, sacando el silbato, toca llamada de auxilio.

Cada aguda pitada produce a su bestia el efecto de un espolazo. Tiembla y se arquea como si le sangrasen los ijares.

Junto a la cantera, los otros cinco de a caballo conferencian en voz baja.

—Yo creo que si no nos entregamos va a ser peor.

—Sí, vamos a entregarnos.

El sargento descabalga en este momento para poner las riendas en manos de un negro cuya marcha detiene con imperio. Se acerca a pie. Le resuena el sable.

—Tienen que marchar a prestar declaración, los señores.

Pantaleón, la piola de rastras, se aleja corriendo al recordar que dejó el despacho a solas y con parroquianos.

Nadie ha acudido a las pitadas. El sargento decide emprender la marcha.

—¡Pero mire qué cosa!

Delante, por el medio de la calle, ellos, detrás, el sargento, de ya más tranquilizada cabalgadura. Al accidentado se le ven claramente los pantalones y las alpargatas. A los otros, como marchan al tranco, no se les ve nada. Los cinco han perdido bríos. Nadie reconocería en éste al mismo grupo que, ratos antes, con tanto fogosidad se aproximaba al cementerio.

Ya entran en el pueblo, cuando el jinete delantero, es decir, él y su caballo, empiezan a caminar con dificultad, casi cojeando. Es que se les ha aflojado una alpargata.

A trechos se detienen y afirman el pie en el suelo, restregándolo. Por conservar la distancia, gracias a la cual mantiene tranquila a su cabalgadura, el sargento también se detiene.

Uno de los compañeros se apareja al del engorro. Este saca el pie hacia atrás, con la alpargata que cuelga ya casi suelta. Pero cuando el otro, estorbado por su propio caballo, consigue tocarla, la falta de equilibrio lleva al descalzado, costalando, contra una casa.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Ahora se van a quedar toda la tarde? ¡Si se cae que se caiga, no más!

Se asoma gente a la calle. Y llama alborozada para que acuda más.

Un niño, advirtiendo el abandono de la alpargata, corre solí-cito y la entrega al de pie en el suelo. Este la agarra, abrumado; mira y la apoya sobre el duro cuello de trapos retorcidos de su parejero. Pero de un despacho parten pullas. Los caballeros se enardecen. Y

como de la otra acera también los befán, ellos dan el frente a un lado y a otro, mudos, con ojos de brasa. Los armatostes siguen sus movimientos, acentuándolos. Dan la sensación de que se resacian, de que retornan por sus arisqueces.

Sin entender la causa, el sargento grita, a la distancia:

—¡Oh! ¿Y ahora vuelven a creerse que están de fiesta? ¿Se creen que esto es chacota?

Los arreados, sudorosos llegan. En la puerta está un soldado de guardia. De estatura tan pequeña que el más pequeño traje policial de todo el Departamento le quedó grandísimo. Hasta que se halló otro más chico que también le quedó grande.

Se echa atrás el casco para observar a los cinco, con los ojos pados entornados.

Salvo uno, los demás están insuperables. Recuerda al instante que, cierta vez, un tío suyo se disfrazó así. Pero no tan, tan igualito...

—¡Páscelos! —grita el sargento, deteniendo su caballo a quince metros.

Se descubren los jinetes y entran circundados por el suave rumor de las zapatillas.

Es un corredor largo. A la izquierda, están los calabozos. Delante de los cinco, que a la vez, inexorablemente, van detrás de un cogote y de una cabeza rígidos, el arrobado soldadito para no detenerse frente a las pequeñas puertas y sigue hasta llegar al fondo.

—¡Qué colosales! —se dice tornando la cabeza de vez en cuando, con encanto.

E indicando, no hacia los calabozos sino hacia el portón de las caballerizas, dice:

—¡Adentro!

Se asoman los caballeros. Se asoman, apenas. Porque derribándolos entre un brusco estrépito, derribando también al embebeado, saltan sobre ellos tres caballos, despavoridos.

¡Qué lástima!

Paró la oreja Sosa al oír exclamar al desconocido:

—Qué lástima, qué lástima, que la gente sea tan pobre.

Sosa ni caso había hecho, media hora antes, vio recortarse, en la puerta del despacho de bebidas al escuálido forastero. Siguió absorto en una sensación penosa que lo embargaba frecuentemente. Pero al rato, cuando separado ya el pulpero oyó al otro cerrar la conversación con "¡Qué lástima que la gente sea tan pobre!", la sensación, de golpe, cambió de efecto. Y comenzó a reconfortarlo algo así como un desahogo.

¡Con qué extraña dulzura había sido pronunciada la frase! Sin rabia, sin rencor... A nadie culpaba. Como si de las desgracias del mundo los hombres no fueran responsables.

—¡Eso está bien! —se dijo para sus adentros Sosa.

Y le pareció que rozaba todo su cuerpo desmirriado, como acariciándose a sí mismo, contra un muro sin fin de largo y de color gris pizarra.

Con interés afectuoso observó. El desconocido era casi tan alto como él; y él era largo, de veras. Y, como él, flaco. Lampiño, y él tenía bigote. De botas raídas, y él con alpargatas. Los pantalones a lo mejor, eran a media canilla, como los suyos. Pero, con las botas, los extremos no se veían.

—A ver, caballero, ¿qué se va a servir?

El otro se tornó hacia Sosa y miró en derredor. El invitado era él porque no había más nadie.

—Otra caña —respondió posando en Sosa una mirada tiernísima.

El patrón, negro, ya viejo, de encasquetado sombrero muy copudo, sirvió sin decir palabra, llenó asimismo su gran "vaso particular" y tornó con él al rincón donde, entre el mostrador y la desmantelada estantería, sobre una pequeña mesa, escribía entre borrones la carta que cierta muchacha de las mancebías le encargó para el amor que estaba preso. Además de sombrero tenía lentes, el negro. Unos lentes de níquel, comprados de ocasión cuando el vendedor le dijo a boca de jarro: "Usted lo que precisa es lentes".

Si no se lo hubiera dicho así, de golpe... El negro, desde su candidez tocada, aunque cabeceando un poco, sintió que no podía hacer otra cosa que sacar el dinero...

—¿Es forastero el señor?

—Es verdá. Vengo de Santa Escilda. Y medio ando por encontrar conchabo en la curtiembre de los Bastos.

—Buena gente, sin despreciar... ¡Salú!

Y alzó el vaso amarillo.

Entró un perrito a la taberna. Y tras él una mujer muy llamativamente acicalada que, mientras adquiría buscó inútilmente con los ojos la mirada de los que estaban allí.

—¡Este hombre es muy gente! —pensaba Sosa.

Y comprendió que estimaba al desconocido con un cariño sin tiempo.

Cuando la joven se retiró sin haber conseguido ni por un momento atraer la atención de los amigos, Sosa se había alejado un poco de sus pensamientos, pues le andaban en la mente un carrito de pértigo y una yegua tordilla sobre la cual se vio al momento salir del monte con una carga muy grande. Con ahinco trató de echar las imágenes por lo menos dentro del monte, otra vez. Pero infructuosamente. Tuvo que volver, pues, con ellos, al hombre que tenía al frente. Y dijo, al principio sin saber a dónde iría a parar; después, desde una grave firmeza.

—Yo tengo un carro y una yegua, caballero... Me la rebusco monteando y vendiendo leña en el centro. Yo, el carro y la yegua estamos a la disposición.

—Se agradece en lo que vale. ¡Salú!

Se alzaron los vasos, inseguros.

Sobre el mostrador pendía la lámpara. Las sombras de los amigos se acortaban. Ellos callaban. Bebían caña. Sosa sentía algo imposible de expresar, pero que era como el desarrollo de aquel "¡Qué lástima que la gente sea tan pobre!", que le había hecho parar la oreja. O, tal vez era un "¡Qué lástima!", sólo, que crecía y embargaba todas las cosas del mundo, y con ellas subía más allá de las nubes y las mostraba así, desoladas, míseras, a alguien capaz, si mirara, de acomodarlas mejor.

Con el índice mesaba los pelos del bigote contra ambos lados del labio.

Se oyó el pitar de un silbato. Otros, lejos, sonaron también. De la calle llegaron voces. Y una voz de mujer, clara y metálica. Más atrás, del fondo de la noche, ladridos. Y el jadeo de una locomotora.

El patrón, en un instante, al beber gran trago de caña, los miró fijo. Pero sin verlos, abstraído, inclinando a un costado el sombrero para rascarse las motas ya grises. Era que, escribiendo cada vez con más empeño lo que la muchacha le recomendara, se inquietó de súbito. Desde el principio de la escritura el corazón del negro se había ido conmoviendo secretamente. El nunca hizo cartas. No tenía a quién. Y esto que anotaba a pedido venía tan bien con lo que podía confiar a un amigo lejano, si lo tuviera, que, repitiendo un sorbo de caña, ponía sobre el papel, despacio, tembloroso, como algo íntimo: "Las cosas marchan mal. Viene muy poca gente. Ya los tiempos de antes no volverán nunca más..."

El negro vaciló, parpadeando. Se alejaba de las palabras de la muchacha. Pero continuó por su cuenta, atraído como por una voz

que lo llamaba desde el fondo de su ser: "Y cuando no hay nada al lado, cuando no hay nadie, nadie al lado, entonces se piensa en cuando la niñez. ¡Tan linda que era!"

Algún recuerdo muy hundido fue tocado por esta frase; pero la conciencia manoteó de nuevo, por suerte, la imagen de la muchacha y, con ello las verdaderas palabras a revelar en la carta hicieron presente su expectación. Lo que debía seguir era: "Voy a comprarme una pollera azul y un saquito blanco...". Esto, pues, lo volvió por entero a la realidad. Allí fue donde el negro quedó en desazón. Inclino a un costado el sombrero. Sin verlos, miró a los dos largos parroquianos. Dejó la pluma. Se quitó los lentes. Llevó a los labios su gran "vaso particular". La vista le oscilaba.

—Otra vuelta, haga el bien.

Estaban bastante cargados. El tabernero sirvió y tornó a su pequeña mesa. Y por no recordar el acongojante giro que había tomado la misiva, comenzó a turbarse con cosas menos embargadoras. Las manazas sobre el manchado pliego de papel, ante el temor reciente y bienhechor a un pedido de fiado o a una fuga intempestiva o a un seco "Aquí no pagamos nada y se acabó", él se puso en guardia.

—Yo en seguida me di cuenta, Juan Pedro, que usted era una persona gente —confiaba con ternura Sosa al que acababa de revelarle el nombre.

Juan Pedro sonreía. Y posaba en su reciente amigo, alto, flaco, pantalón muy por encima del tobillo —como el pantalón de él, sí, si él no tuviera botas—, posaba una mirada tan dulce que casi no miraba nada.

Y vuelta a aparecérselo a Sosa el carro y la yegua tordilla. Y vuelta a llevarlos, ahora ufano y dichoso, hacia su compañero.

—Usted, Juan Pedro, cuando quiera la yegua, va a mi casa y la saca. ¿Fuma otro, Juan Pedro?

Juan Pedro, ya con las manos muy torpes, lió un cigarro, encendió y dejó que saliera libremente, de toda la boca, el humo.

—Usted, cuando la precise, va, no más, a mi casa y saca la yegua... Y si yo no estoy, la saca lo mismo.

Vaciló. La realidad no daba más y su ardiente pasión quería más, todavía. Y arrolló la realidad. Y salió al otro lado, terriblemente amoroso, diciendo:

—Y si la yegua no está... ¡usted la saca, lo mismo!

Esto de sacar la yegua aunque la yegua no estuviera, conmovió hasta el estremecimiento a Juan Pedro. No advirtió que faltaría la yegua. O le pareció que la yegua podía estar y no estar. Porque lo cierto es que "si la yegua no está, la saca lo mismo", se le quedó bien grabado y era lo único que permanecía firme entre cosas que comenzaban a tambalearse.

Volvió a mirar a su amigo. Pero apenas si lo veía. Se veía él, él solo, ya. Hasta la perenne sonrisa se le daba vuelta. Como si se le hubiera hecho convexa. Se quería a sí mismo, ahora, y ascendía en alas de su amor, sobre los mundos. Llevándose la mano a la cara, comenzó a acariciarse la sonrisa.

—La yegua es suya, amigo Juan Pedro —seguía Sosa por su lado, implacablemente generoso, con los ojos apagándosele.

Juan Pedro, que no pudo soportar sino por breve tiempo su delirio, había posado otra vez en tierra, ahora contrito. ¿Qué podía dar él en retribución a aquel corazón fraterno? ¿O qué decir, al menos? Juan Pedro tenía ganas de llorar. Cierta caballo de que una vez fue dueño de pronto se le apareció y espantó su sonrisa. Lo vendió al llegar a Santa Escilda porque, por desgracia, para qué quería caballo en aquel pequeño villorrio? Cuando comprendió para qué lo quería —para quererlo, precisamente— era ya tarde. Se había gastado la plata en las pulperías. Y el caballo zaino siguió con un tropero hacia "La Tablada", allá tan lejos. Y pasó de regreso a los días. Y desaparecieron. ¡El, él lo había vendido! ¡A aquel caballo amigo! Y el

amigo pasaba y repasaba. Y él, a veces, ni plata tenía para emborracharse a cada pasada. Y sobre todo cuando ya no pasó nada más. Ni en un mes, ni en dos: nunca, nunca más.

—La yegua es suya...

—¡No, compañero! ¡La yegua no es mía, es suya!

El negro, con inquietud, se acomodó el sombrero y, a una señal de Sosa, trajo otra vuelta.

—Es suya, digo.

—¡No, no, Sosa! ¡No, no! ¡Es suya!

—¡Es suya, amigo!

—¡No, Sosa, no!

Y la mirada se le mojaba en lágrimas.

—Vamos, compañero, la yegua es suya.

—¡No, no es mía; no es mía!

—Es que usted no me entiende lo que le quiero decir —advirtió Sosa, por fin.

Bebió un trago, chupó, sin advertir que inútilmente, la apesada colilla y explicó, recalcando las palabras:

—Yo, lo que le quiero decir, es que la yegua es suya.

Juan Pedro, vencido, abrió los brazos. Y los dos amigos, tan altos y flacos, de botas el uno, de alpargatas el otro, se estrecharon palmoteándose suavemente las espaldas, bajo los ojos del negro cuyo espíritu había caído en la conversación como en un remolino y no hallaba nada en qué agarrarse.

Un indio que entraba desaprensivamente a la taberna se detuvo bruscamente. Pero convencido de que aquello no era pelea, se aproximó al mostrador, pidió y bebió, sin respirar.

—¿Y qué es de esa preciosa vida?

—Bien, por el momento —contestó el negro después de un silencio, porque la pregunta le tardó en llegar y la respuesta en salir.

De inmediato, sin embargo, tuvo la sensación de que lo habían sacado como de un sumidero.

Salió el indio. Ya en la calle su voz se oyó entre risotadas.

Cómo ladraban los perros, lejos desde el fondo de la noche!

—¡Yo soy así! ¡Yo soy así! —sostenía Sosa golpeándose el pecho frenético de dicha.

Ahora sí lo había empezado a ver otra vez. Juan Pedro. Medio borroso pero lo veía. Percibía el bigote de Sosa, sus pantalones por encima del tobillo, sus alpargatas. ¡Era tan extraño aquello! El no le miraba más que la parte superior del cuerpo. Y lo veía, sin embargo, hasta los pantalones y las alpargatas.

Ya no podían más de caña.

—¿Qué le parece... si saliéramos... un poco... a refrescarnos... y después volvemos... a tomar?

Juan Pedro aceptó con un cabeceo. El tabernero se caló los lentes, echó atrás el sombrero y sumó. Sucesivas rectificaciones fueron contraproducentes. A cada vez el resultado era distinto. Se sacó el sombrero. Llevó al mostrador su "vaso particular" y le bebió el último sorbo. Su cabeza de grises motas volvió a inclinarse. Después de aquel breve descanso se resolvió a sumar por última vez y a tomar aquel resultado como definitivo. Con la conciencia ya más firme dio a cada cual su vuelto. Pero perdió pie de nuevo cuando oyó que Juan Pedro decía a su amigo Sosa:

—¿Vamos saliendo, Juan Pedro?

El espíritu del negro, quien ya se acomodaba otra vez el sombrero, flotó un momento en el vacío. Y como el ventarrón a una hojita, así se lo llevó lejos lo que, desde la puerta, al rodear con el brazo el cuello de su camarada, exclamó Sosa:

—¡Cuidado, Sosa, cuidado con el escalón!

Sin mirar el negro vio la mesa, el lapicero, la carta. Y vio cruzar todo veloz. Y hundirse allá en el fondo de aquello donde ladraban, ladraban los perros...

Se sacó el sombrero.

Rancho en la noche

*Sobre la tierra de los hombres, nada verá
el ojo más blanco que aquel blanco.*

D'Annunzio.

A la luna luminosamente inmóvil, lejana y casta hija de los cielos, ¿qué dicen, palpitantes, las estrellas? — “¡Qué bella eres! — cantan. ¡Qué blancura tan blanca! ¡No hay blancura más blanca que tu blanco! ¡Santo blanco, tu blanco! ¡Blanco santo!”.

Pero ella no escucha. Embebecida en sí misma, sueña un blanco que es más blanco, más blanco todavía: más blanco que lo blanco. Y el aire difunde sobre los bosques y los ríos y la pradera y el inmenso océano; y sobre este rancho, aquí, mísero: ¡Qué bella eres, blanca! ¡No hay blancura más blanca!”.

Dentro —negro terrón paja dorada— dos Malvones se estiran por ver; y un Cisne. Por ver entrar al Angel y al Perro. Del brazo. Marcial éste en su marcha para darse ufanía. ¡Qué hermosa cola y que alas tan finas! Blancas, éstas. Negra la cola rígida. Tremenda.

—¡Qué manera de hacer calor!

—¿Dónde?

—Aquí.

—¡Ah, sí, hace un calor! Pero no es nada, ¿no es cierto?

—No es nada, no; no es nada.

—Un Gallo, dos mustias Margaritas, León remendado, rodeándolos. Y toman todos la mirada hacia la puerta. Claveles, y Juan Pérez, son. Gordos, los Claveles, y rojos. El, de immaculadas zapatillas blancas. Juntos al grave silencio del Perro y del León, Juan Pérez ha puesto el suyo, dulce. Y la blancura de sus zapatillas.

—¡Adiós, querida! ¡Qué alas tan lindas!

—¡No, qué...! ¡Lindas son tus hojitas verdes en la cintura!

Estrépito de latas chisporrotea y crepita. Que en el patio, sobre tarros y escandalosos jarros, una cabalgadura de alambre y trapo ha ido a costalar, resonándolos. Jinetes barbudos irrumpen en la sala. ¡Oh! a saltos en la sala, desparramando sillas y gente hacia los rincones, contra la pared.

—¡Mis alas! ¡Ay mis alas!

En los botes y brincos las gualdrapas descubren, en vez de casco, pantalón y alpargata. El polvo se levanta. Nubecillas al techo, paja de oro. El Arbol, que va a entrar desaprensivo, piensa en su frágil profusión de ramas y, prudente, permanece en el patio expectante. El polvo es como humo. Un ventanillo ya ábrese a la noche. A la diáfana libertad ofrecida entrégase el polvo, desvanécese entre cánticos: “No hay blancura más blanca que su blanco...” Embebecida en un sueño más blanco, todavía, ella la cantada, no puede escuchar. Imposible librarse de sí misma. Sorda y ciega de tan blanca está. Y el polvo sube y trema asordinado y exacto: “¡Oh, que blanco tan blanco el de su blanco!

—¡Que lo tira! ¡Sujete! ¡Ay, Dios qué brincos!

Se ha escapado una alpargata. Voló y posó sobre las faldas verdes. ¿De cuál de los tres es esto que me cayó en las faldas?

Hay que volver al patio a sujetar mejor la cinta, pues... Al patio pálido de luna y de dos linternas, dos faroles amarillos; de luna embebida en sí misma, cerrada en blanco, abierta sólo a su interior, más blanco todavía y demasiado alta e inasible, empero, para la corta mirada macilenta y sucia y desvanecida de amor, de las linternas. Sueña la tierra entera, ahora: “¿Dónde, dónde blancura ya más blanca? ¡Ninguno así de blanco entre los blancos!”

Y Juan Pérez ahora, en medio de la sala, con sus zapatillas blancas y su sonrisa pegada, que aletea y no huye, como mariposa viva con alfiler. Y el León, el Perro, Margaritas, el Cisne, muda Sota de Espadas, y Claveles y el Angel. Y ya también, asimismo

—tras el Arbol al que hay que doblarle las ramas con dificultad para que pueda trasponer el estrecho, bajo dintel... la Muerte. La Muerte, sí, con su guadaña y su farol que ha dejado en el suelo para ayudar a que el Arbol logre el pasaje; filo mellado y color de lumbre que empuña nuevamente, ahora, entrando.

—¡Jesús! ¡Por Dios! ¡Que salga!

—¡Que la echen!

El Oso lento y dócil y cansado. Enhiesto, arriba; abajo, chueco. Y el domador cazarro: parla y látigo. Más polvo hacia lo blanco, a cada golpe y a aquel danzar como de escobas, levantador de polvo, patizambo.

—¡Qué tierra!

—¡Pare al instante el bicho!

—¡A ver que riego! ¡Juan Pérez, que salpico!

—¡Para atrás, Juan Pérez, por su bien, que salpica!

Ya van a sonar las guitarras. Ya están sonando. Y el acordeón se apresta a seguirlas, jadeante, cojo.

—“¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!.. ¡Qué cosa!” musitan las guitarras, cuchichean entre ellas, obscuramente.

—¡Qué linda, ay, Dios!, ¡qué linda pieza es la que va a empezar!

—¿Por qué, Clavel, es tan indiferente? Yo soy bueno... Yo soy trabajador ha dicho el Perro, trémulo.

—¡Esas ramas, ay!

—¡Cuidado con sus ramas!

—¡Ay, qué fastidio! ¡Esas ramas que arañan!

—¡Es que es de balde, no se puede bailar así vestido. Tíreme esta rama para aquí y la otra para allá. ¿No ve que de frente se me doblan todas para atrás? Y ahora sáqueme a mí despacito para el patio. ¿No ve que me estoy descascarando y se me ve un poco la camiseta?

—“¡Oh!” —ha gemido el acordeón—. “Estaba lloviendo mucho, y yo me mojaba todo. Y golpeaba a su puerta... Y ella no abría. Pero me oía, sí. No estaba durmiendo. Me oía. Me oía... Me oía...”.

“¡Oh! ¡Oh! —las guitarras dejan brotar en trabazón oscura—. “¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¡Qué cosa!”.

—“¡No estaba durmiendo, no! ¡Me oía! vuelve a quejarse, desde su fatiga, el acordeón—. “No estaba dormida... Y había puesto trancas a la puerta. Y me dejaba golpear... y mojarme mucho, ¡todo!”.

“¡Oh! ¡Oh!” —murmuran las guitarras, obscuramente—. “¡Oh! ¡Oh!, ¡ha puesto trancas; ha puesto gruesas trancas! ¡Y ella detrás, escucha todo... y ríe!”.

Y el acordeón, tosiendo, desde su cansancio, desde su asma, las alcanza, cojeando. Y ya para callarse, les confía:

—“¡Estoy todo mojado... ¡Me estoy muriendo de frío...! ¡Me estoy muriendo de frío!”.

Las cuerdas agudas sufren un grito lastimero. Y una mano se interpone para que no vean las inocentes. Un brusco bordoneo —sí, una mano— que las ciega, piadosa...

—¡Ah! le han dicho a la Muerte que se vaya al patio, entre los borrachos, y no vuelva más aquí; que a cada momento se pega una en su guadaña o da en su farol ¡y se horroriza!

—Y a Juan Pérez también se lo han dicho. Si no sabe bailar, le dijeron, váyase al patio, porque la sala es chica... ¡Y él estorba por diez porque tiende las manos para que no se le acerquen y le pisen las zapatillas!

—¡Qué lindo es, Sota de Espadas, estar de fiesta y no acordarse de nada!

—Sí, pero usted lava, ¿no es cierto?

—Sí, ¿no ve las manos? Antes todos tenían que hacer con mis manos. Y me gustaría sentarme, pero tengo que estar parada todas las noches por las alas. En el respaldo se me arrugan todas...

Por el ventanuco, desde afuera, el Arbol y la Muerte miran la danza, tristemente. Y tragan polvo. Que éste sube hacia el fleco multicolor de las guirnaldas. Y sigue, vaga arriba, rozando la pajiza rechumbre de oro muerto, y sale entre los cariacontecidos asomados, y se pega a los pliegues del humo de la hornalla del patio, por ascender más pronto hacia lo diáfano. Donde las estrellas... Pero no, ¡ay! están gimiendo; gritan, ahora las estrellas. Claman, gritan porque la blanca, tan blanca luna advierta, saliendo de su ensueño, a la famélica nube negra, agazapada en acecho tras los horizontes. Can rabioso, sierpe pérfida. Toda ojos de cueva, agazapada frente a la ensoñante...

Otra vez ruedan latas con escándalo. Que en la doma del patio, un potro de arpillera, ahora en jirones, ha volteado al Oso —dormido en su borrachera— patas arriba sobre jarros y tarros... Pata de Palo —bota y palo— tira del en tierra y lo levanta. Y el Oso retribuye, a su vez sosteniendo al salvador, que tambalea.

—“¡Oh! ¡Oh!.. ¡Oh! ¡Oh!” —murmuran adentro ellas, las guitarras, obscuramente—. “¡Oh! ¡Oh!”.

—¡Qué trabajo para hacerse la cola!

—No, parece. Y es del año pasado.

—¡Ah usted... la guarda!

—Sí, la guardo... y después me la pongo.

—“¡Oh! ¡Oh!.. ¡Oh! ¡Oh!”.

—“¡Pero me oía, sí! No estaba dormida, me oía...!”.

—“¡Oh! ¡Oh! ¡Ha puesto trancas; ha puesto gruesas trancas! ¡Y ella detrás escucha todo, y ríe!”.

—¡Ay! ¡A bailar conmigo entre Pata de Palo y ésta borracho como una cuba!

—¡Pata de Palo, no empuje!

—¡Pata de Palo que me pisa!

—“¡Oh! ¡Oh!.. ¡Oh! ¡Oh!..”

—“¡Estoy mojado, todo mojado! ¡Y me voy a golpear porque está despierta..! ¡Me oye, sí... sí... sí...!”

—“¡Oh! ¡oh! ¡Ha puesto gruesas trancas! ¡Se va a morir de frío, de este frío!”

—¡Pata de Palo, no bailo más!

Hecho una furia sale Pata de Palo en busca de Juan Pérez para que lo consuele. Juan Pérez vigila la bota y el palo y sus zapatillas inmaculadas, mientras se pone a consolar, caído el alfiler, volada la mariposa.

—Venga, Pata de Palo. Venga, Muerte. Vengan a tomar. Cuelgue su farol, Muerte, al lado de ese farol.

—Siéntese en estos bancos. Beba, primero, Pata de Palo. Y, ahora que beba la Muerte. Yo, después, el último... Y, después, nosotros dos nos vamos y no vendremos nunca más. ¿Y usted, Muerte?

—¡Yo también me voy... y los tres no vendremos nunca más!

Otro farol, ahora, en el patio. Amarillo, sucio, desvanecido, el de la Muerte. Tres faroles, ahora, estirada su luz sin bríos hacia el polvo demasiado alto ya y hacia el humo lejano, que ascienden, ahora, enloquecidos, remolineantes, en torbellino. Porque las estrellas gritan, trizándose, que ya se arrastran, se arrastran la nube y su negrura: can rabioso, sierpe pérfida, ojos de cueva.

¡Y la luna, tan pálida, soñando!

¡Murió la blanca! La malvada nube negra duerme. Y las estrellas dejando sin rutas al humo aquél y al polvo, en su fuga enloquecida...

Silencio... Silencio... Junto al macilento color de lumbre que se pone en como cauteloso movimiento ya, silencio. Y, ahora, silencio y golpe... silencio y golpe... silencio y golpe...

—Sosténgame, Pata de Palo. Me voy a sacar las zapatillas, así no me las humedece el rocío. Sosténgame...

—“¡Oh!, oh!... ¡Oh-fa...! ¡Oh-fa...!”

¡Se cayó Pata de Palo!

—“¡Oh!, ¡oh-ía!... ¡Oh!, oh-fa!...”

Silencio y golpe... Silencio y golpe... Silencio y golpe...
Silencio y golpe...

Silencio.

Rodríguez

Como aquella luna había puesto todo igual que de día, ya desde el medio del Paso, con el agua al estribo, lo vio Rodríguez hecho estatua entre los sauces de la barranca opuesta. Sin dejar de avanzar, bajo el poncho la mano en la pistola por cualquier evento, él le fue observando la negra cabalgadura, el respectivo poncho más que colorado. Al pisar tierra firme e iniciar el trote, el otro, que desplegó una sonrisa, taloneó, se puso también en movimiento... y se le apareó. Desmirriado era el desconocido y muy, muy alto. La barba aguda, renegrida. A los costados de la cara, retorcidos esmeradísimo, largos mostachos le sobresalían.

A Rodríguez le chocó aquel no darse cuenta el hombre de que, con lo flaco que estaba y lo entecado del semblante, tamaña atención a los bigotes no le sentaba.

—¿Va para aquellos lados, mozo? —le llegó con melosidad.

Con el agregado de semejante acento no precisó más Rodríguez para retirar la mano de la culata. Y ya sin el menor interés por saber quién era el importuno, lo dejó, no más, formarle yunta y siguió su avance a través de la gran claridad, la vista entre las orejas de su zaino, fija.

—¡Lo que son las cosas parece mentira...! ¡Te ví caer al paso mirá... y simpaticé en seguida!

Le clavó un ojo Rodríguez, incomodado por el tuteo, al tiempo que el interlocutor le lanzaba, también al sesgo, una mirada que era un cuchillo de punta, pero que se contrajo al hallar la del otro y, de golpe, quedó cual la del cordero.

—Por eso, por eso, por ser vos, es que me voy al grano, derecho. ¿Te gusta la mujer...? Decí, Rodríguez, ¿te gusta?

Brusco escozor le hizo componer el pecho a Rodríguez, más se quedó sin respuesta el indiscreto. Y como la desazón le removió su fastidio, Rodríguez volvió a carraspear, esta vez con mayor dureza. Tanto que, inclinándose a un lado del zaino, escupió.

—Alégrate, alégrate mucho, Rodríguez —seguía el ofertante mientras, en el mejor de los mundos se atusaba, sin tocarse la cara, una guía del bigote. Te puedo poner a tus pies a la mujer de tus deseos. ¿Te gusta el oro...?

Agenciate latas, Rodríguez, y botijos, y te los lleno toditos. ¿Te gusta el poder, que también es lindo? Al momento sin apearte del zaino, quedarás hecho comisario o jefe político o coronel. General, no, Rodríguez, porque esos puestos los tengo reservados. Pero de ahí para abajo... no tenés más que elegir.

Muy fastidiado por el parloteo, seguía mudo, siempre, siempre sosteniendo la mirada hacia adelante, Rodríguez.

—Mirá, vos no precisás más que abrir la boca...

—¡Pucha que tiene poderes, usted! —fue a decir, fue a decir Rodríguez; pero se contuvo para ver si, a silencio aburría al cargoso.

Este que en un momento aguardó tan siquiera una palabra sintióse invadido como por el estupor. Se acariciaba la barba; de reojo miró dos o tres veces al otro... Después, su cabeza se abatió sobre el pecho, pensando con intensidad. Y pareció que se le había tapado la boca.

Asimismo bajo la ancha blancura, ¡qué silencio, ahora, al paso de los jinetes de sus sombras tan nítidas! De golpe pareció que todo lo capaz de turbarlo había fugado lejos, cada cual con su ruido.

A las cuadras, la mano de Rodríguez asomó por el costado del poncho con tabaquera y con chala. Sin abandonar el trote se puso a liar.

Entonces, en brusca resolución, el de los bigotes rozó con la espuela a su oscuro que casi se dio contra unos espinillos. Separado un poco así, pero manteniendo la marcha a fin de no quedarse atrás, fue que dijo:

—¿Dudas Rodríguez? Fijate, fijate en mi negro viejo!

Y siguió cabalgando en un tordillo como leche.

Seguro de que, ahora sí, había pasmado a Rodríguez y no queriendo darle tiempo a reaccionar sacó de entre los pliegues del poncho el largo brazo puro hueso, sin espinarse manoteó una rama de tala y señaló, soberbio:

—¡Mirá!

La rama se hizo visbora, se debatió brillando en la noche al querer librarse de la tan flaca mano que la oprimía por el medio y, cuando con altanería el forastero la arrojó lejos, ella se perdió a los silbidos entre los pastos.

Registrábase Rodríguez en procura de su yesquero. Al acompañante, sorprendido del propósito, le fulguraron los ojos. Pero apeló al poco de calma que le quedaba, se adelantó a la intención, y dijo con forzada solicitud, otra vez muy montado en el oscuro:

—¡No te molestés! ¡Servite fuego, Rodríguez!

Frotó la yema del índice con la del dedo gordo. Al punto una azulada llamita brotó entre ellos. Corrióla entonces hacia la uña del pulgar y, así, allí, paradita, la presentó como en palmaria.

Ya el cigarro en la boca, al fuego la acercó Rodríguez inclinando la cabeza y aspiró.

—¿Y...? ¿Qué me decís, ahora?

—Esas son pruebas —murmuró entre amplia humarada Rodríguez, siempre pensando qué hacer para sacarse de encima al pegajoso.

Sobre el ánimo del jinete del oscuro la expresión fue un baldazo de agua fría. Cuando consiguió recobrase, pudo seguir, con creciente ahinco la mente hecha un volcán.

—¿Ah, sí? ¿Conque pruebas, no? ¿Y ésto?

Ahora miró de lleno Rodríguez, y afirmó en las riendas al zaino, temeroso de que se lo abrieran de una cornada. Porque el importuno andaba a los corcobos en un toro cimarrón, presentado con tanto fuego en los ojos que milagro parecía no le estuviera ya echando humo el cuero.

—¿Y esto otro? ¡Mirá que aletas, Rodríguez! —se prolongó, casi hecho imploración en la noche.

Ya no era toro lo que montaba el seductor, era bagre. Sujetándolo de los bigotes un instante y espoleándolo asimismo hasta hacerlo bufar, su jinete lo lanzó como luz a dar vueltas en torno a Rodríguez. Pero Rodríguez seguía trotando. Pescado, por grande que fuera, no tenía peligro para el zainito.

—¡Hablame Rodríguez!, ¿y esto...? ¡Por favor, fijate bien...! ¿Eh...? ¡Fijate!

—¿Eso? Mágica, eso.

Con su jinete abrazándole la cabeza para no desplomarse del brusco sofrenazo, el bagre quedó clavado de cola.

—¡Te vas a la puta que te parió!

Y mientras el zainito —hasta donde no llegó la exclamación por haber surgido entre un ahogo— seguía muy campante bajo la blanca, tan blanca luna tomando distancia, el otra vez oscuro, al sentir enterrársele las espuelas, giró en dos patas enseñando los dientes, para volver a apostar a su jinete entre los sauces del Paso.

De Espinola, el más importante de los autores que ven el campo con veracidad, un manojo de cuentos perfectos y trabajados; de Morosoli, una interesante galería de personajes, frustrados, taciturnos, ensimismados.

ENCICLOPEDIA



47

URUGUAYA

Copyright Editorial ARCA S. R. L., Colonia 1263, Montevideo.
Impreso en Uruguay en Impresora Uruguaya Colombina S. A.,
Juncal 1511, Montevideo. Diseño, Artegraf. Edición amparada
en el Art. 79 de la ley N° 12.349. (Comisión del Papel)
Setiembre de 1969.

CONTINUACION DE LA TAPA

	Maria	66
	HOMERO EXPOSITO — Tristezas de la calle Corrientes	66
	Percal	67
	Yuyo verde	67
	SAMUEL LINNING — Milonquita	68
	MARAMBIO CATAN — Acapulco	68
	MANUEL ROMERO — Buenos Aires	69
	ALFREDO LE PERA — Recuerdo Malevo	70
	FRANCISCO GORRINDO — Los cuarenta	70
	ANTONIO PODESTA — Como abrazo a un rencor	71
	LA DOMA DEL PODER	
44.	Introducción — Carlos Real de Azua	73
	Domingo Areza — ¡El Ejecutivo colegiado vendrá!	75
	Jesús Baille y Ordóñez — Mensajes y artículos	78
	Pablo Blanco Acevedo — La Constitución de 1917	80
	Martín C. Martínez — Garantía del sufragio	86
	Juan Andrés Ramírez — El pacto de 1917	91
45.	UNIDAD DE LA PINTURA — JOAQUIN TORRES GARCIA	
	Introducción — J. I. C.	97
	Ser para hacer	90
	Valores constantes y de importación	101
	La Escuela del Sur	104
	Unidad de la pintura	108
	El nuevo arte de América	116
46.	EL HOMBRE QUE SE COMO UN AUTOBUS — ALFREDO MARIO FERREIRO	
	Paragolpes delantera y faro piloto	121
	Radiador	123
	Diferencial	127
	Carburador	130
	Rueda de auxilio	134
	Caja de herramientas	137
47.	LOS MEJORES CUENTOS — FRANCISCO ESPINOLA Y JUAN JOSE MOROSOLI	
	FRANCISCO ESPINOLA — Los cinco	147
	¡Qué lástima!	150
	Rancho en la noche	154
	Rodríguez	157
	JUAN JOSE MOROSOLI — Un velorio	159
	Pablito	160
	El campo	163
48.	EL POZO — JUAN CARLOS ONETTI	
	Introducción	169
	El pozo	173
49.	LA VOZ DE LOS ESTUDIANTES	
	Introducción — Eduardo Galeano	193
	La Universidad intransigente ante la dictadura	194
	El 1º de mayo y los frentes de batalla	195
	No somos neutrales	196
	Las medidas de seguridad	198
	El tratado militar	200
	La invasión a Guatemala	202
	Razón de ser de la Ley Orgánica	203
	El pueblo sancionó en la calle la Ley Orgánica de la Universidad	204
	Un manifiesto a la nación: la crisis y las salidas	205
	La FEUU y el Fondo Monetario Internacional	208
	Los cañeros	210
	El combate contra el círculo vicioso	210
	El asalto a la Universidad	212
	La intervención en Checoslovaquia	213
	Corre sangre de estudiantes	215
50.	EL PENSAMIENTO DE HERRERA — Cronología y selección de textos. CARLOS REAL DE AZUA.	
	Herrera y el Partido Nacional	217
	Historia y memoria	222
	Campo, estancia, peón	227
	Tres pronunciamientos internacionales	231
	Una oratoria intimista	236
	Un estilo de gobierno	237
	Dos interpretaciones argentinas de Herrera	238



GOZ

U860.8

E56

v.5

ENCIKLOPEDIA URUGUAYA